

## 20

En Comala, los melones, como en el pasado, siguen colgados en los techos de las habitaciones más frescas. Juan Preciado los mira, sapos secos, animales prehistóricos. Extiende la mano y agarra uno; golpea con los nudillos, acerca la oreja: líquido vaivén como en el vientre de la madre; olas meciendo un feto. Con cuidado lo vuelve a colgar. Coge otro melón. *Toc, toc, toc*. Juan Preciado acerca la oreja. Desde el otro lado, tres golpes le responden. Juan Preciado deja, con igual cuidado, ese melón pendiendo junto al otro. Sabe que algunos asesinados prefieren seguir ovillados y pensar que nunca han conocido el mundo.